

vista. Era habitual en las correspondencias entre un filósofo y una dama de calidad que ambos mostraran y hasta alardearan de su erudición y de los sesudos temas que eran capaces de comprender y de poner por escrito en el breve espacio de una carta. Pero esta ausencia se ha de atribuir también sin duda a un esfuerzo por hacer más amena la lectura de esta supuesta correspondencia, aunque sea en detrimento de la verosimilitud histórica. Y finalmente, hacia el final del libro, la larga carta que explica las vicisitudes de la *Enciclopedia* y el papel que Voltaire tuvo en su redacción es de un extraordinario interés y en ella la brillantez del Savater ensayista queda una vez más de relieve.

Finalmente, las dos cartas que concluyen esta correspondencia adquieren unos matices dramáticos y pesimistas que igualan a la joven duquesa con el moribundo Voltaire, pues la muerte del único hijo de la primera trunca su futuro de forma casi tan definitiva como el anuncio de una enfermedad incurable y provoca en Voltaire una inesperada y casi impensable plegaria, a modo de despedida de una mujer a la que ya no le queda tiempo para la frivolidad de una correspondencia galante, ni siquiera intelectual.

La lectura de este libro nos acerca a un autor como Voltaire que, en principio, no llegaría por sí mismo al gran público de habla española, y lo hace de una forma amena e interesante. La cuestión de si se trata o no de una novela según los cánones del género nos parece de muy poca importancia comparada con el interés que esta mezcla de géneros despierta en un público cada vez más culto e interesado por todos los temas pero carente del tiempo necesario para dedicar a cada uno de los mismos (ensayo, tragedia, comedia, novela, biografía, etc.) por separado la atención que un lector de comienzos de siglo podía prestarles. Una obra muy estimable de un autor más que estimable del que aún esperamos muchas más cosas.

María Charles

Notas sobre *El pasajero*

Hace apenas tres años, el poeta y crítico José Luis García Martín publicó su *Poesía reunida (1972-1990)*. El volumen recogía, a excepción del juvenil *Marineros perdidos en los puertos* (1972), todos los libros del autor editados hasta esa fecha: *Autorretrato de desconocido* (1979), *El enigma de Eros* (1982), *Tinta y papel* (1985) y *Treinta monedas* (1990). En sus páginas se resumía una labor poética iniciada a comienzos de los años setenta, que se ha visto oscurecida no sólo por el fervor iconoclasta de su autor, sino también por la parcialidad crítica de sus lectores. La reciente aparición de *El pasajero*¹, libro de madurez vital y literaria, viene a confirmar el acierto y la probidad de una obra poética personalísima, alejada tanto de la «poesía culturalista», como de la «poesía de la experiencia», sin renunciar por ello ni a la cultura ni a la experiencia.

Aunque el libro carece de divisiones internas, la disposición de los poemas dista mucho de ser gratuita; antes al contrario, obedece a una clara voluntad compositiva. La primera parte está formada por dieciséis poemas, el primero de los cuales, titulado con motivo «Crítica de la razón pura», sirve como introducción o declaración de principios a la obra toda. Después viene un breve interludio, constituido por cuatro series de piezas cortísimas («Universos», «Siluetas», «Complemento circuns-

¹ José Luis García Martín: *El pasajero*. Editorial Comares. Colección «La Veleta», Granada, 1992.

tancial», «Contra esto y aquello»), de tono irónico y humorístico. La segunda parte estaría formada, si nuestra lectura es correcta, por los dieciséis poemas restantes, el último de los cuales obraría como epílogo o meditación de postrimerías.

El poema que abre el libro, bajo el título irónico de «Crítica de la razón pura», anticipa las ideas centrales que articularán la poesía de García Martín; esto es, la precariedad de la existencia y la insuficiencia del conocimiento humano. A partir de ahí, los poemas iniciales abordan una temática doble: la inevitable eventualidad del amor («Una meditación», «Adiós, adiós») y la irremisible fugacidad del tiempo («Al releer versos de adolescencia», «A media noche»). Si el amor nos enerva y sólo dura en la memoria, el tiempo nos destruye con su fuga sin fin. La única «salvación» que le resta al hombre es ilusoria, y habría que buscarla en los libros, como sugiere el autor en algunos versos de consentida inspiración borgiana («Jovellanos, 2», «Lecturas y lugares de un quince de diciembre»).

El estilo natural de estos poemas, entre gnómico y sentencioso, viene a revalidar una visión del mundo marcada por el escepticismo, con la soledad y el deseo como protagonistas principales. En «Mi vida», podemos leer: «A menudo/ pienso en mi vida como en un relato/ desvaído, distante, incongruente,/ sólo verdad en la ficción del verso». El tono cordial que los anima, inclinado con frecuencia hacia lo coloquial y lo burlesco, verifica la sinceridad personal que caracteriza a su autor, aunque intente enmascararla a veces mediante la utilización del monólogo dramático. Así, en el poema titulado «De las memorias inéditas de Matilde Mauté (1907)», donde la esposa de Paul Verlaine confiesa: «Cobarde, indigno, desconsiderado,/ ninguna razón había para amarle/ y yo le amé como a nadie en el mundo». Como los epigramas de la *Antología Palestina*, los de nuestro poeta suelen terminar con algún pensamiento agudo e ingenioso.

Boileau definió el epigrama como «un *bon mot* en un par de rimas». Coleridge lo explica: «su cuerpo, la brevedad; y su alma, el ingenio». Brevedad e ingenio son, a las veces, el cuerpo y el alma de los poemas que componen *El pasajero*, y en particular de los que, agrupados en cuatro series, García Martín ha colocado en el centro del libro. «Todo lo manchan de ceniza mis ojos», dice el titulado «Domingo junto al mar», perteneciente a la

serie «Universos». «En tu jardín de sílabas y ausencia/ crecen rosas que también se marchitan», reza el titulado «Ronsard», correspondiente a la serie «Siluetas». Tampoco falta la sátira condensada: «Cuidado con las damas, jovencito!/ acostarse con ellas cuesta poco;/ quitárselas de encima, una fortuna» («Advertencia», de la serie «Complemento circunstancial»).

En la segunda parte del libro, el subjetivismo de los poemas iniciales evoluciona, si bien tímidamente, hacia una disposición de ánimo algo menos solipsista y hacia una consideración de la realidad algo más comunitaria, sin merma del intimismo, que caracteriza a la poesía de García Martín. Esta evolución responde a motivos bien distintos. Unas veces podría atribuirse a la muerte de un amigo; así, en «Tardías noticias de un amigo» y en «Inscripción», dedicados a la memoria de Alfonso Español y José Doval respectivamente. Otras veces podría deberse a la contemplación de ciertos monumentos de interés; así en «Santa María de la Asunción (Laredo)» y en «La Embajada (San Julián de los Prados)». También contribuye a tal efecto la utilización del monólogo dramático —como en el ya citado «De las memorias inéditas de Matilde Mauté (1907)» o en «Sócrates y Alcibiades»— y el empleo frecuente de alusiones y citas intertextuales.

El poema que cierra *El pasajero*, y que da título al libro, tiene su origen en las líneas finales de *A Writer's Notebook*, el diario personal de Somerset Maugham. Se trata, en efecto, de una paráfrasis casi literal, a excepción de los versos finales. No obstante, difícilmente encontraríamos otra pieza que resumiese mejor el escepticismo radical de la obra y el talante sereno que anima a su autor; escepticismo y serenidad que se expresan, a las veces, mediante un sentimiento de resignada melancolía y mediante un distanciamiento esencial frente al mundo. «Así, cuando llegue el momento,/ quizá decir adiós me resulte más fácil».

Un crítico renacentista clasificó los epigramas en dulces, agrios, amargos y salados. Entre los breves y pulidos poemas de *El pasajero* abundan menos los dulcemente amorosos que los agrios y amargos, sazonados con un poco de sal ática. Como era previsible, el libro adolece de los excesos y defectos inherentes a la poesía epigramática, de la que García Martín es digno heredero. Unas veces, las filias y fobias personales obran en perjuicio de la emoción poética; otras veces, la viveza

del ingenio opera en demérito de la probidad formal. Con todo, los poemas martinianos que sobrepasan las limitaciones del solipsismo y las contradicciones del ingenio pueden contarse, a decir verdad, entre los mejores de la poesía española más reciente.

M. N.

Tratándose de ustedes*

Con la autonomía de una obra de ficción quiere ser leído el segundo tomo del diario personal y literario del poeta asturiano José Luis García Martín. Y añadiremos que con esa autonomía exenta de prejuicios *debe* ser leído. No importa que exista en España un crítico y plúmbeo poeta llamado, como cierto personaje de *Colección de días*, Carlos Bousoño. No importa que un homónimo Javier Marías titulase una novela (curiosa coincidencia) *Corazón tan blanco*, como hace otro personaje de este libro. Ni importa en absoluto que Francisco Bejarano,

Claudio Rodríguez o Ángel González sean los nombres auténticos de algunos escritores en los que parece inspirarse García Martín para trazar sendos realistas retratos. *Colección de días* es un cuento en el que lo real se nos antoja ficción y el detalle más inverosímil resulta crónica cotidiana. Todos los personajes de este libro son fabulaciones literarias tanto como hombres y mujeres de carne y hueso.

Si *Días de 1989*, la entrega precedente, era sólo un diario impúdico y mordaz, un conjunto más o menos brillante y divertido de chismorreos, anécdotas y apuntes poéticos, *Colección de días* tiene además una estructura, una compleja distribución de sus elementos narrativos que lo convierten en algo más, en un híbrido fascinante que se mantiene a caballo entre el difícilmente clasificable género diarístico y el libro de cuentos poco convencional que antes que otra cosa pretende ser.

Como en las muñecas rusas, unas dentro de otras, vamos descubriendo historias cuyo desarrollo no es lineal: se esboza una mínima anécdota que queda inconclusa, reaparece después enmascarada, enriquecida con detalles de historias paralelas, se bifurca, se resuelve, no se resuelve...

Un joven aspirante a poeta acude a una cita con su ídolo, el famoso poeta portugués Antonio Botto. Éste lo obsequia con su amistad y le hace confidencias. A medida que pasan los meses, y luego los años, la admiración del muchacho deja paso a la creciente decepción que le inspira su maestro: un personaje vacío y superficial que depende cada vez más de la cada vez menor veneración de su discípulo. Ahí queda interrumpida la historia. Unas páginas más adelante descubrimos el nombre del entonces desconocido joven poeta.

Esta tensa peripecia en la que los ingredientes son una relación de dependencia, amor tácito, jerarquía y vampirización intelectual es una de las muchas líneas argumentales que recorren *Colección de días*. Se repetirá no pocas veces a lo largo del volumen con otros personajes, cuya identidad no siempre se disimula, como protagonistas.

Y protagonista resulta ser también el propio libro que tenemos en las manos. La reflexión sobre la escritura

* José Luis García Martín, *Colección de días*. Editorial Renacimiento, Sevilla, 1993.